

LUIS ALBERTO ROMERO

¿QUÉ HACER CON LOS POBRES?

ELITES Y SECTORES POPULARES EN

SANTIAGO DE CHILE

1840-1895

© Luis Alberto Romero, 2007
Derechos reservados

© Ariadna Ediciones
Laguna La Invernada 0246, Estación Central, Santiago
Fono: 748 05 45
ce: ariadnaediciones@gmail.com
www.ariadnaediciones.cl

Registro de Propiedad Intelectual N° 163.663
ISBN 978-956-8416-08-9

Fotografía de portada: Interior de un conventillo, calle Brasil, entre Mapocho y Baquedano, comienzos del siglo XX. Lámina 02, Archivo Fotográfico Chilectra MEMORIAS DE SANTIAGO

Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia sin autorización previa del editor.



Ariadna Ediciones
2007

Índice

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CHILENA	7
INTRODUCCIÓN	15
I. LA CIUDAD	25
La ciudad de Martín Rivas	26
La ciudad de Vicuña Mackenna	34
La ciudad de Balmaceda	43
II. GENTE ROTA Y GENTE DECENTE	61
El testimonio	65
"La maquina de aprender"	74
III. LIBERALES Y ARTESANOS	79
Viejos y nuevos artesanos	81
Crisis política y convocatoria popular	83
Más socialista que democrática	89
El ariete liberal	94
El motín de Santiago	97
Los sectores populares y la política	100
IV. ROTOS Y GAÑANES	107
Migraciones y población urbana	109
Cambios en la estructura ocupacional	112
Entre el campo y la ciudad	119
En la ciudad: circulación y ocasionalidad	126
Los empleadores: una nueva actitud	133
Los trabajadores: hábitos y formas de vida	140

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN CHILENA

No es frecuente que un historiador extranjero logre captar la problemática histórica de un país en el que no se educó, la complejidad de una sociedad similar en muchos aspectos a la suya, pero profundamente diferente en otros. Sin embargo, cuando un autor logra sobreponerse a este *handicap* inicial, lo que en un momento fue una dificultad puede convertirse en una ventaja respecto de los colegas del país estudiado. La visión comparativa con su propia sociedad o con otras realidades históricas, puede iluminar su obra aportando elementos nuevos, sugerentes, que se constituyen, a fin de cuentas, en valiosos aportes a la historiografía.

Es lo que ocurre con la "obra chilena" de Luis Alberto Romero.

Hace ya bastantes años, en 1976, este investigador argentino comenzó a trabajar sobre Chile junto a su padre José Luis Romero, que acababa de publicar *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Y aunque el proyecto inicial de ambos historiadores fue estudiar los sectores populares de distintas ciudades latinoamericanas del siglo XIX, la muerte de su progenitor, ocurrida muy poco después, obligó a Luis Alberto a acotar su pesquisa al caso de Santiago de Chile. Desde entonces, y hasta 1989, con intensidad y dedicación variables, prosiguió sus investigaciones sobre este tema.

El libro que presentamos es el fruto de esos años de labor y fue editado por primera vez en Buenos Aires en 1997. Esta obra reúne siete estudios, seis de ellos publicados previamente en distintas revistas académicas —con pequeñas revisiones anteriores— y uno inédito

V. ARRABALES, VIVIENDA Y SALUD	159
El negocio de la vivienda popular	159
Los servicios urbanos	164
Casa y hogar	169
La sociedad en peligro	175
La enfermedad y los pobres	180
Cura y prevención	184
Los pobres y la enfermedad	189
¿Qué hacer con los pobres?	194

VI. ¿CÓMO SON LOS POBRES?	211
La mirada paternal	212
La ruptura del equilibrio	214
La mirada horrorizada	218
La mirada calculadora	223
La mirada moralizadora	227
Miradas e identidades	231

VII. SANTIAGO Y BUENOS AIRES	237
La constitución de la identidad	240
Santiago de Chile: la nueva mirada de la élite	244
Buenos Aires: identidad "trabajadora" y "popular"	250
Identidades y proceso social	257

hasta entonces ("La ciudad"). El autor advierte que no procedió a actualizarlos, es decir, no consideró la abundante producción de los años más recientes, lo que a su parecer, puede relativizar ciertas conclusiones. Pero ello no conspiró mayormente para que su alcance y aporte fuera considerable.

¿Qué haer con los pobres? es el provocador título de este libro que se edita por primera vez en Chile.

Esta fue también la pregunta que se planteó la elite santiaguina (y chilena en general) durante gran parte del siglo XIX, interrogante que sigue conservando toda su actualidad. En uno de estos estudios, Luis Alberto Romero nos cuenta que:

"Los desbordes del Mapocho eran habituales en la estación de lluvias, sin que sirvieran para impedirlo los modestos diques de madera o piedra con que intentaban contenerlo quienes vivían en los ranchos de las orillas. Cuando la "avenida" era grande, también desbordaba el Zanjón de la Aguada como ocurrió en 1877 y 1888. En esos casos, el agua arrastraba el mobiliario de los ranchos e incluso la vivienda misma, y también a la gente, si la sorprendía durmiendo; en esos casos aparecían en el río los cadáveres de los ahogados, especialmente los niños. Las autoridades organizaban hospederías y asilos para los "inundados", quienes así sufrían una segunda desventura, pues para evitar que se convirtieran en agentes propagadores de epidemias, se les impedía abandonarlos. Los periódicos esgrimían con frecuencia el tema de las inundaciones, denunciando el escaso interés de las autoridades por tomar medidas de prevención, que contrastaba con el celo puesto en remodelar el casco central. Sólo en 1888, luego de la gran avenida que destruyó el puente de Calicanto, se concluyó la canalización del Mapocho".

Las similitudes con el presente son impactantes.

No es necesario un gran esfuerzo comparativo para establecer un paralelo con los desastres acaecidos cada año a raíz de los temporales e inundaciones. El siglo y tanto transcurrido desde el período historiado por Romero ha sido testigo de reiteradas catástrofes que han tenido como denominador común la imprevisión de los sectores dirigentes, la incompetencia administrativa y la desgracia y fragilidad de la condición popular. Hoy ya no se habla de "inundados" sino de "damnificados"; muchos ranchos siguen existiendo, otros han sido reemplazados por casas SERVIU-COPEVA, "Chubi" u otras indignas "soluciones habitacionales"; las hospederías y asilos se llaman albergues, pero -a diferencia de lo ocurrido en la centuria antepasada- ya no es necesario obligar a los pobres a permanecer en ellos ya que ante la inexistencia de alternativas donde cobijarse, los damnificados ven en esos improvisados refugios la única solución inmediata a su problema habitacional.

Este sólo hecho bastaría para justificar el gran interés que concita en nosotros el libro de Luis Alberto Romero.

Pero además de sus evidentes puntos de contacto con la actualidad, que ponen de relieve problemas de larga data de la sociedad chilena, esta obra constituye un aporte muy significativo para nuestra historiografía.

A pesar de tratar temas muy variados, que van desde el proceso de urbanización del Santiago decimonónico hasta la estructura ocupacional de la ciudad, pasando por las miradas de la elite hacia los pobres y algunas aproximaciones a la cuestión de la incorporación de los sectores populares a la actividad política, los trabajos reunidos en este volumen constituyen una unidad ya que a través de todos ellos Romero da cuenta de una larga y multifacética transición.

Transición de Santiago (y podría agregarse, de la sociedad chilena) por obra del crecimiento demográfico, del desarrollo económico, de la diversificación de funciones y de las formas de vida. Pero también transición representada por el gran movimiento que llevó a la sociedad santiaguina de la integración a la segregación y, como

sostiene Romero, "de ésta a una nueva y conflictiva reintegración de los sectores populares a lo largo de la cual el pueblo de los rotos se convirtió en la clase trabajadora".

La vieja ciudad colonial fraccionada pero integrada, en la que ricos y pobres ocupaban su lugar, se mezclaban pero no se confundían, compartiendo espacios, gustos y hasta diversiones comunes, dio paso a una urbe en rápido crecimiento que concentró a una población nueva proveniente del agro, sin contar con los servicios y la infraestructura necesaria para acoger a ingentes olas de nuevos habitantes. El desempleo, la existencia de numerosos trabajadores "informales", una elevada rotación en los empleos, el hacinamiento en ranchos, "cuartos redondos" y conventillos, la proliferación de enfermedades y epidemias, la enorme mortalidad de los pobres, en especial de sus niños, el alcoholismo y la prostitución, se constituyeron en los grandes males de la condición del "bajo pueblo", a la par que en los principales componentes de la visión de la clase dominante sobre el mundo popular.

Luis Alberto Romero analiza esos temas.

Su empresa es ambiciosa puesto que ha escogido una exploración en múltiples frentes: en el plano de la estructura (cuando analiza la evolución de la economía y la inserción en ella de los trabajadores); en el nivel de la política (al estudiar las convocatorias de la elite al "bajo pueblo" durante las primeras décadas republicanas y la forma cómo éste respondió iniciando su propio proceso de politización); y en el ámbito de las mentalidades (prácticamente a lo largo de todo el libro), especialmente cuando aborda las miradas de la clase dirigente hacia el pueblo llano y la manera como estas percepciones van configurando identidades que se construyen y reconstruyen permanentemente.

Siguiendo mis inclinaciones me detendré sólo en este último punto, que por lo demás constituye el hilo central de toda la obra.

¿Cómo son los pobres?, es precisamente el título de uno de sus acápites.

Más que intentar una respuesta "objetiva" (contarlos, describir qué hacen, cómo viven y actúan), el historiador centra su esfuerzo en mostrarnos la manera cómo la elite santiaguina percibía a los pobres ya que él advierte que entre ambos campos -el de las situaciones y el de su representación- se constituyen los sujetos del proceso social o de la vida histórica.

La pregunta merece entonces ser reformulada: ¿cómo creía la elite santiaguina que eran los pobres?

Hacia mediados del siglo XIX, cuando Santiago era aún una ciudad escindida pero integrada, con conflictos pero en equilibrio, prevaleció la *mirada paternalista*. Pero cuando el equilibrio se rompió -nos explica Romero-, a partir de las décadas de 1860 y 1870, producto de las migraciones campo-ciudad, y surgieron incontenibles los problemas sociales de una urbanización para la cual la capital no se encontraba preparada, la visión de la elite se descompuso en varias. Una de ellas, probablemente la que predominó durante mucho tiempo, fue la *mirada horrorizada*. La miseria material en que vivían los pobres alimentó en la elite la imagen de desmoralización del mundo popular. La unidad de la sociedad se había hecho añicos. A poco andar, la clase dominante descubrió que en Chile había aparecido la temida "cuestión social".

También hubo *miradas calculadoras*, que percibieron en los pobres una importante fuente de lucro. Algunos lo hicieron en términos tradicionales, meramente especulativos, y obtuvieron pingües beneficios del arriendo de piezas de conventillos o de terrenos para que los desheredados instalaran sus míseros ranchos. Otros, al parecer menos numerosos, se inspiraron en un concepto más moderno y consideraron a los pobres como fuerza de trabajo, base de la riqueza de la nación. La higiene, la educación y otras medidas fueron concebidas como inversiones para mejorar la condición de la fuerza laboral. A pesar de algunos avances en esta dirección, dicha mirada no prevaleció. Durante largo tiempo imperaron los prejuicios de las visiones tradicionales, condicionados -sin duda- por una estructura

económica que no estimulaba la calificación de la mano de obra, puesto que para obtener beneficios inmediatos bastaba contar con una abundante y ojalá dócil fuerza de trabajo.

¿Qué hacer entonces con los pobres?

Romero nos explica que como la respuesta tradicional consistente en obras de caridad no estaba a la altura del tremendo desafío que planteaba la "cuestión social", la clase dirigente buscó una solución en la moralización y la "regeneración del pueblo". La *mirada moralizadora* se propuso educar, instruir, inculcar hábitos y reglas prácticas y una ética del mejoramiento individual. Pero esta mirada -al igual que la calculadora- careció de convicción. Para la elite los "rotos" siguieron inveteradamente viciosos, imprevisores, rateros, vagabundos, disipados. "Falta de convicciones y soluciones de fondo -nos señala el historiador-, pero urgida por la crisis, la mirada moralizadora se vuelca al control". Signo de la misma crisis, "la moralización deseada concluye en acción policial y la mirada horrorizada conserva su primacía".

Existió a nuestro juicio otra mirada que Luis Alberto Romero no menciona, pero que también inspiró importantes reflexiones sobre la "cuestión social" durante el último cuarto del siglo XIX y en los albores del siglo XX: la *mirada patriótica*, la de ensayistas como Augusto Orrego Luco (*La cuestión social*, 1884), que expresaron sentimientos de patriotismo herido por el espectáculo de "degeneramiento de la raza" que proyectaban las terribles condiciones de vida, las epidemias, la elevadísima mortalidad y los vicios de los "rotos", los mismos que habían conquistado para Chile, con su sangre, sacrificio y coraje, las ricas provincias de Tarapacá y Antofagasta durante la "Guerra del Salitre". La mirada patriótica se entrelazó con la mirada horrorizada y la reforzó, pero sin disolverse en ella, proponiendo algunas de las soluciones más estructuradas a la "cuestión social" desde la posición de las clases dominantes, aunque sin mayores consecuencias prácticas durante mucho tiempo.

Por el momento, da cuenta Romero, la elite se preguntó qué hacer con los pobres, y en realidad no encontró respuesta. Carente de soluciones que mediaran el conflicto social, la mirada de la clase dirigente se desplegó libremente, alimentando las políticas duras y la represión. Contribuyó a que los "rotos", en acelerada transformación en "trabajadores", se hicieran más duros, combativos e inflexibles, configurando su clasismo característico del siglo XX.

La sugerente explicación de Luis Alberto Romero por el complejo camino de las mentalidades, de las imágenes y las representaciones del otro, abre nuevas perspectivas para la historia social de Chile, ya que aporta elementos claves para entender qué tipo de percepción de los trabajadores ha tenido la elite, cómo esta visión ha repercutido en los sectores populares influenciando la imagen de sí mismos, alimentando los comportamientos de exclusión y confrontación que han caracterizado la relación entre dominantes y dominados durante el último siglo y medio de vida de la nación chilena.

El libro culmina con un estudio comparativo entre Santiago y Buenos Aires que merece ser destacado por la maestría desplegada por el historiador trasandino para explicar los complejos juegos de la constitución de identidades populares en ambas ciudades: identidades en plural y no en singular, identidades cambiantes como lo son las condiciones sociales y las experiencias de vida, con tendencias a la integración y a la fragmentación; en relación compleja, variable y conflictiva con los sectores dirigentes. Se trata, sin duda, de una refutación de alto nivel de las posiciones populistas y esencialistas que se han manifestado en la historiografía chilena y latinoamericana, visiones maniqueas que empobrecen a la disciplina y, ¿por qué no decirlo?, se convierten en obstáculos involuntarios para la acción social y política de los propios sujetos populares.

En resumidas cuentas, entre los grandes méritos de este libro se cuenta su aporte al enriquecimiento de una ya abundante historiografía social chilena, referida tanto a la sociedad popular como a la ciudad de Santiago.

Pero también debe destacarse que a través de su lectura es posible percibir que la historia, por lejana que aparezca para quienes no pertenecen a la cofradía de los historiadores, puede ser un tema de palpitante actualidad. En tanto ciudadanos, el libro de Luis Alberto Romero nos estimula a preguntarnos en qué medida las visiones del otro y de sí mismo que él describe han permanecido o cambiado en el Chile de nuestros días: en la prosaica vida cotidiana, pero también en los momentos más álgidos, cuando los antagonismos sociales se manifiestan abiertamente, rompiendo los límites del consenso hegemónico.

Sergio Grez Toso
Santiago, invierno austral de 2007.

INTRODUCCIÓN

¿Qué hacer con los pobres? En Santiago de Chile, a fines del siglo XIX, la pregunta no tuvo respuesta clara. Ni siquiera se la formuló muy explícitamente. No obstante, estoy seguro de que la cuestión estuvo allí, acuciante y angustiante, y se impuso como problema en la conciencia de la élite. Este libro se ocupa de las condiciones en que esa pregunta fue concebida, de manera imperativa; estudia la relación de la élite con el vasto mundo de los sectores populares, en un período prolongado pero relativamente preciso, que se extiende aproximadamente desde 1840 a 1895, y en un ámbito específico: la ciudad de Santiago. A lo largo de esas seis décadas largas, los pobres se transformaron para la élite en un actor ajeno y amenazante. Probablemente estaban, a su vez, en camino de convertirse en los trabajadores.

Esta historia se inicia en los apacibles años de la década de 1840. Por entonces, cualquiera podía distinguir la "gente rota" de la "gente decente", aunque entre los primeros era común a su vez diferenciar entre los artesanos y los verdaderos rotos. Unos y otros convivían en una sociedad claramente escindida —no había dudas sobre quién era quién— pero a la vez fuertemente integrada. Sarmiento descubrió el inestable equilibrio y las secretas tensiones de esa sociedad de patricios y plebeyos. A principios de la década de 1850 los artesanos definieron su fisonomía, y se convirtieron en objeto de la atención política y social de una parte de la élite, que los convocó a organizarse políticamente en la *Sociedad de la Igualdad*.

De ahí en más, los artesanos tuvieron una historia singular dentro del conjunto de los sectores populares de la ciudad. Este libro no

se ocupa de ella, pero de alguna manera la supone. Los artesanos crecieron al ritmo de la expansión urbana; se desarrollaron los talleres, y algunos llegaron a convertirse en manufacturas, alcanzando su madurez a mediados de la década de 1870, cuando culminaba la primera gran etapa de crecimiento de la economía chilena. A la vez, se desarrollaron las asociaciones mutuales y gremiales, y en ellas fue conformándose una identidad definida, que maduró hacia la misma época. Los conflictos que generó la creciente concentración económica, y las nuevas tensiones entre propietarios y oficiales, muestran el camino por el que ese mundo artesanal se fue disolviendo en el marco de las nuevas relaciones que imponía el capitalismo.

Paralelamente, desde 1850 y sobre todo desde 1860, creció de manera notable el mundo de los que los censos denominan "gañanes", y el habla corriente llama "rotos": trabajadores no especializados, empleados ocasionales, atraídos por una demanda fuerte pero estacional, que organizan un ciclo laboral entre la ciudad y el campo, combinando la ocupación con la desocupación, la recolección de la cosecha, las obras públicas, y algunos de los múltiples modos de supervivencia que la ciudad ofrece. En los censos, imprecisa fotografía de una estructura ocupacional resistente a la clasificación, esta masa es considerable en 1865 y 1875, y luego se va reduciendo, a medida que cada trabajador se instala, al menos preferentemente, en alguna de las actividades que crecen en la ciudad: la industria, los servicios, el comercio, o quizá se traslada a las pampas salitreras. El desarrollo de las relaciones capitalistas fue dando forma a esa masa inorgánica y los transformó en trabajadores. A la vez, ellos mismos se organizaron, para la acción gremial y política. En 1895, fecha en que este estudio se detiene, están próximos a incorporarse al escenario principal, vertebrarse con otros segmentos de trabajadores chilenos, en suma constituir una clase obrera, de notable significatividad a lo largo del siglo XX.

Esa identidad trabajadora en formación incorporó, junto con las prácticas y hábitos laborales, sus experiencias de la vida cotidiana, la que transurre en el ámbito de la familia y la vivienda, donde

muchas veces se confunde con la vida del trabajo. En las décadas finales del siglo XIX, fue una experiencia muy intensa, pues la acelerada urbanización desbordó las posibilidades de la vieja ciudad y generó gravísimos problemas de tipo edilicio. Se trataba de algo más que de cuestiones técnicas o de administración municipal: las desigualdades, equilibrios y conflictos de la sociedad se materializaron en cada discusión sobre acequias o epidemias, y sobre todo en las políticas con que las autoridades las enfrentaron. Se trató sin duda de un aspecto central y unificador en la experiencia de una masa de trabajadores que en lo laboral era muy heterogénea. Fue también una manera singular por la que esta masa urbana adquirió visibilidad a los ojos de la élite.

Creo que esta percepción de los pobres tuvo prelación sobre cualquier otra: en 1872 Vicuña Mackenna estigmatizó "esa suerte de Cairo infecto" que eran los arrabales populares y en 1884 Orrego Luco percibió en el "misterio insondable del rancho" el centro mismo de la "cuestión social". Se trataba, en primer lugar, de los problemas de salubridad generados por una masa humana que desbordaba el casco de la vieja ciudad: las acequias que derramaban inmundicias, la basura que se acumulaba en las calles siempre sucias. Una serie de epidemias recordó lo peligroso de la cuestión: la peste se incubaba en los arrabales populares y atacaba toda la ciudad, inclusive la "propia". Cuando la élite miró cómo vivían los pobres, sumaron los problemas sanitarios con los morales: todo era allí un horrendo revoltijo de miseria y corrupción, al punto que no podía saberse —así lo creían— quién era hujo de quién. La prostitución y el alcoholismo —nuevos o recién descubiertos— completaron a sus ojos el cuadro de degradación.

Se trataba, sin duda, de una manera de mirar las cosas, nutrida de experiencias pero también teñida de prejuicios e ideología. Me parece que hacia 1870 ya se ha configurado esta mirada y el "otro" ha adquirido existencia firme. Es un otro ajeno, extraño, degradado, peligroso, muy distinto de aquellos rotos con los que en los viejos tiempos se compartían la chingana o los festejos del Dieciocho.

Alguien que era mirado con un horror no controlado por ideas más amplias y equilibradas, aquellas que hablan del bien común, de los derechos naturales, y que en otros contextos son elaboradas y sistemáticamente difundidas por el Estado. Esa mirada se integró con otras complementarias, que atendían en unos casos a la racionalidad capitalista —los trabajadores eran una mano de obra potencial, y también una fuente de ingresos— y en otros a la moralización: los pobres, al menos algunos, quizá podrían ser redimidos e integrados. Pero en lo esencial, fue una mirada dominada por el horror.

Tal mirada de la élite suponía una nueva imagen global de la sociedad. Tradicionalmente, unos y otros la habían visto integrada y escindida, como muchas otras sociedades patricias. En las décadas finales del siglo la élite percibió que su mitad popular no sólo estaba segregándose de manera espontánea, sino que debía serlo aun más, deliberadamente. El Camino de Cintura es paradigmático de ese proyecto de separación física y moral, que sin embargo a fines del siglo no había llegado a definirse totalmente, como lo testimonian los “recuerdos olvidados” de Augusto D’Halmar.

A la larga, creo que hubo un juego recíproco entre el horror de la élite y la tendencia a la confrontación de los trabajadores. Es un proceso que no he estudiado pero que en sus aspectos generales me parece evidente. Al menos, he creído que podía encontrarse allí una parte de la explicación sobre las diferencias en las identidades de los trabajadores de Santiago y de Buenos Aires a principios de este siglo. En 1895, cuando las instituciones que vertebrarán la identidad de la clase obrera son todavía incipientes, en Santiago la mirada horrorizada se despliega libremente, explicando y juzgando, antes que actuando. La élite se pregunta qué hacer con los pobres, y en realidad no encuentra respuesta.

Empecé a trabajar sobre Santiago de Chile en 1976, junto con mi padre. Él acababa de publicar *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, y nos proponíamos estudiar globalmente, en un proyecto de largo plazo —adecuado para los tiempos que se iniciaban en la Argentina—, los

sectores populares de distintas ciudades latinoamericanas en el siglo XIX y las primeras décadas del XX. Mi padre murió muy poco después, y yo me limité, más modestamente, a Santiago, el caso que había encarado inicialmente. Aunque luego mi investigación siguió por caminos variados, hoy me parece clara la marca de aquellas ideas iniciales de mi padre —que entonces no entendía del todo—, particularmente su concepto de ciudad y sociedad urbana, y sus ideas sobre las sociedades “patricias” y “burguesas” del siglo XIX.

Trabajé con intensidad entre 1977 y 1983, y algo más esporádicamente entre 1983 y 1989, pues en esos años también me dediqué a estudiar los sectores populares de Buenos Aires, con Leandro Gutiérrez e Hilda Sabato. Mi última actividad formal y creativa en relación con el tema de Santiago fue la conferencia inaugural, que en 1989 me invitaron a pronunciar en las VII Jornadas de Historia de Chile, realizadas en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación de Santiago. A lo largo de esos años, mis preguntas y perspectivas fueron variando, en parte por el desarrollo de nuevos intereses historiográficos, y en buena medida por una actitud más realista acerca de las posibilidades de mi trabajo: me preocupó cada vez más qué es lo que un argentino, trabajando principalmente en Buenos Aires, podía decir de nuevo sobre Santiago de Chile.

Mi propósito inicial era reconstruir de manera integral el proceso por el que rotos y artesanos se convirtieron en trabajadores y clase obrera. Aspiraba a tener en cuenta, a la vez, los aspectos objetivos y subjetivos: los cambios en la estructura económica y ocupacional, el mercado de trabajo, los distintos tipos de trabajadores, las condiciones de trabajo y las de la vida material, las instituciones y los discursos, las prácticas y las experiencias, la formación de identidades, y también la influencia que las clases propietarias tenían, por acción y reacción, en ese proceso.

Desde el principio fui consciente de las dificultades de esta historia interna de los sectores populares. Mi primer trabajo, sobre la Sociedad de la Igualdad, me llevó a unas conclusiones inesperadas, com-

pletamente diferentes de mis hipótesis, al punto que aún hoy dudo de que corresponda legítimamente poner ese episodio en una historia de la clase obrera salvo por el hecho —sin duda importante— de que ha sido incorporado a la memoria colectiva en esos términos. Lo cierto es que ese episodio hablaba mucho más de los liberales que de los artesanos.

De ahí en más, trabajé con ahínco sobre la cuestión de los artesanos y los obreros, pero en realidad entendí bastante poco, y finalmente no he incorporado a esta versión casi nada de ese tema. Algo grueso se me escapaba en la historia de los trabajadores que intentaba construir apoyándome en censos y estadísticas industriales, listas de establecimientos, mano de obra ocupada y jornales pagados. Eran los “gañanes”, casi un tercio de la mano de obra masculina ocupada, quién sabe dónde, de los cuales no sabía si quiera si eran urbanos o rurales. Con el apoyo del estimulante libro de Gabriel Salazar y de la excelente tesis de Ann H. Johnson, pude adentrarme un poco en ese ámbito, y llegar tanto a lo que me parece el meollo del mundo del trabajo en el siglo XIX —ocasional e inestable— como a la cuestión de sus condiciones de vida.

Había investigado sobre esas condiciones —la vivienda y la salud— bastante antes de incursionar en el tema de rotos y gañanes, pero sólo entonces vislumbré qué podían significar para ellos el rancho y la acequia, el empleo y la migración, y comprendí que no podría conseguir mucho más que vislumbrarlo. Fue un descubrimiento importante: simultáneamente entendí qué difícil era para mí avanzar por ese camino, y cuál era el verdadero centro de mi trabajo, que había estado rondando sin saberlo. Más que los sectores populares, vistos “desde abajo”, eran los pobres, es decir ese otro extraño y amenazante, consabido con los miedos y los prejuicios de la élite. Acepté que ésta era una cuestión legítima e interesante, más acorde con mis posibilidades, y que seguía formando parte de la cuestión inicial. Pude entender a los autores con los que había estado trabajando —Sarmiento, Vicuña Mackenna o Nicolás Palacios— en su doble calidad de testigos de una realidad y testimonios de una manera de mirarla. Pude también

relacionar esta investigación, iniciada con supuestos diferentes (y en realidad bastante imprecisos), con la perspectiva sobre cultura y formación de identidades que estábamos desarrollando con Leandro Gutiérrez para estudiar los sectores populares porteños. Creo que también terminé de entender la fuerza explicativa de algunas de las hipótesis de mi padre.

Luego de revisar los textos, escritos entre hace diez y veinte años, las distintas partes de un trabajo sin duda parcial e incompleto se me aparecieron con la suficiente unidad como para justificar reunirlos en un libro. Salvo el primer capítulo, todos han sido publicados, y los incluyo sin revisiones sustantivas, con algunas correcciones de edición, sobre todo para eliminar las superposiciones más notorias. No me sentí con fuerzas para actualizarlos, y hacerme cargo de la amplia producción aparecida desde entonces, parte de la cual ha sido relevada recientemente y con amplitud por Jorge Rojas Flores. Debo mencionar algunos de los trabajos más sobresalientes, que ciertamente relativizan mis conclusiones. Dos grandes historiadores, en los cuales me he apoyado ampliamente, han seguido produciendo textos importantes: Armando de Ramón ha publicado su *Historia de Santiago*, una obra definitiva, y Gabriel Salazar varios sólidos trabajos, tan llenos de ideas como de empatía con su tema. Cristian Gazmuri ha publicado dos libros excelentes sobre Santiago Arcos y “el 48” chileno, Alvaro Góngora su estudio sobre la prostitución, y María Angélica Illanes sus trabajos sobre las sociedades de socorros mutuos y la salud pública. Sergio Grez, por último, está terminando precisamente el libro que yo hubiera querido escribir, y que él ha sabido hacer de manera espléndida, sobre los artesanos y los obreros en el siglo XIX.

Entre 1976 y 1983, años particularmente difíciles, pude llevar adelante estas investigaciones gracias al apoyo material, pero sobre todo moral, de varias instituciones. En 1976 el Social Science Research Council nos otorgó, a mi padre y a mí, un *grant* para desarrollar el proyecto inicial. En 1978, y por iniciativa de Ezequiel Gallo, realicé una breve estadía en el Instituto Torcuato Di Tella, que por diversos

motivos fue decisiva para mi continuidad en esta investigación y en general en la historia. El Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) me apoyó en distintas ocasiones, a través de sus programas de becas; debo agradecer a tres personas que ya no están con nosotros: Jorge Enrique Hardoy, a quien debo tantas otras cosas, Jorge Federico Sábato y Mario dos Santos, y también a Waldo Ansaldi, que en esos años puso un gran esfuerzo en ayudar a quienes pudieran quedarse en el país. El Centro de Investigaciones sobre el Estado y la Administración (CISEA) ofreció el marco institucional y el ámbito intelectual para el Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana (PEHESA), que varios historiadores creamos en 1977, precisamente cuando comenzaba esta investigación. Todos ellos me permitieron sobrevivir como historiador independiente, e incorporarme en 1984 a la Universidad de Buenos Aires y al CONICET, instituciones donde conduí esta investigación.

Mis deudas con el PEHESA son grandes, y son también muy específicas con algunos de sus miembros. Cualquiera podrá reconocer las ideas —y sobre todo las preguntas— de Leandro Gutiérrez en el capítulo sobre vivienda y salud. No hubiera podido abrirme paso en las cuestiones demográficas del capítulo IV sin la experta ayuda de Juan Carlos Korol. El capítulo sobre rotos y gañanes está ampliamente inspirado en las ideas de Hilda Sabato sobre el mercado de trabajo en Buenos Aires y las formas del trabajo ocasional, las mismas que informan el libro que hicimos juntos sobre los trabajadores de Buenos Aires entre 1850 y 1880. Sin proponérselo particularmente, Beatriz Sarlo —por entonces integrante del PEHESA— me ayudó mucho a entender los problemas culturales con los que elaboré la perspectiva de la identidad y de la “mirada”. En Chile, Isabel Torres me ayudó, hace ya mucho tiempo, a recoger material de los periódicos. Recibí el apoyo solidario de María Elena Langdon, Cristián Gazmuri, Sol Serrano, Rolando Mellafe, Alvaro Góngora, Patricia Arancibia, Eduardo Devés, Gonzalo Cáceres y muchos otros. La generosidad con que recibieron a un argentino que incursionaba en su historia me hizo pensar que había algún enorme malentendido en las imágenes

más comunes que recíprocamente tenemos argentinos y chilenos, y que valía la pena hacer algo por modificarlas. Me animó mucho, a principios de los ochenta, recibir un lejano eco de mi trabajo sobre la Sociedad de la Igualdad, proveniente de ignotos colegas chilenos. Por esa misma época, la revista *Nueva Historia*, que editaba en Londres un grupo de historiadores chilenos, me invitó a publicar un trabajo; creo que es la invitación más honrosa que haya recibido nunca, y la agradezco en particular a Leonardo León y Luis Ortega. A Sergio Grez, muy especialmente, debo el aliento y la confianza que me dio para reunir estos trabajos en un libro.

En 1977, cuando empezaba a trabajar en el tema, conocí a Armando de Ramón. Fue en Asunción, en una reunión del grupo de Historia Urbana de CLACSO. En ese momento, oyéndolo, tuve la primera percepción, ya clara y plena, de lo que serían finalmente los ejes de este trabajo: los arrabales de Santiago y la mirada de Vicuña Mackenna. A lo largo de los años, no sé si he hecho otra cosa que desarrollar aquellas ideas suyas. Pero además, en todo este tiempo, de manera esporádica pero intensa, me aproveché de su calidez y generosidad, y admiré su señorío, una palabra que usualmente no utilizo pero que le cuadra perfectamente. Creo que nunca he reflexionado sobre estos temas sin pensar de alguna manera en Armando. Me siento feliz de poder dedicarle este libro.

Enero de 1997

mos muy poco de ellos mismos en cuanto trabajadores, fuera de que, como en la mayoría de las ciudades hispanoamericanas, integraron el vasto contingente de población subocupada y mal paga, poseedora de habilidades laborales mínimas y muy generales. Casi podría decirse que constituyen una suerte de agujero negro en el conocimiento. Hay, por una parte, una amplia literatura acerca del mundo rural, los inquilinos, los peones y los terratenientes, sus relaciones en el marco de las haciendas y las causas de su emigración a la ciudad o al norte.¹ Más recientemente se ha insistido en los elementos de atracción por parte de ciudades de actividad económica expansiva: se ha señalado el peso de la obra pública, de la construcción privada, de las nuevas industrias, pero no se ha estudiado particularmente el problema de la mano de obra.² Se ha estudiado bastante a los artesanos y también a los obreros industriales³; pero no se ha indagado sobre la masa de trabajadores no calificados que poblaban la ciudad. Más aún, podría decirse que este vacío de conocimiento prolonga el silencio de las fuentes más conocidas e inclusive el de los censos: la mayoría de estos trabajadores aparecen subsumidos en la omnicompreensiva categoría de gañanes. Dos trabajos más recientes han avanzado de manera incisiva sobre el tema. Ann H. Johnson esclarece ampliamente el asunto de las migraciones internas y Gabriel Salazar incluye el mundo de los trabajadores urbanos no calificados en un cuadro más vasto de formación del proletariado chileno.⁴

Se intentará aquí caracterizar ese sector, constituido a la par del crecimiento de Santiago, de trabajadores no calificados, de empleo inestable, con frecuencia subocupados, que se prolonga sin una ruptura categórica tanto en el mundo de los trabajadores especializados (que no lo son tanto como para formar un mundo definitivamente apartado) cuanto con el de la pobreza marginal, la prostitución, la delincuencia. Fueron llamados rotos, gañanes o simplemente pobres, sin que las tres denominaciones se superpusieran con exactitud. Dominaron ampliamente el mundo del trabajo, en el período que se abre quizás hacia los años cuarenta con los primeros signos del crecimiento de la ciudad y se cierra de modo más impreciso hacia finales de siglo. Por entonces, como ha mostrado De Shazo, se ha constituido un

sector industrial significativo, de pequeños talleres y grandes establecimientos, cuya presencia cambia los datos del problema, no sólo en cuanto a la dimensión ocupacional sino, más en general, en cuanto a las características de los sectores populares como sujeto social. La segunda mitad del siglo pasado parece un momento adecuado para estudiar a estos sectores antes de que los cambios derivados de la presencia del nuevo sector industrial incidan fuertemente en ellos.

En primer lugar, se tratará de puntualizar la relación entre ese sector y los movimientos migratorios, así como su ubicación en la estructura ocupacional urbana. Luego, se procurará reconstruir sus características como trabajadores, destacando particularmente el problema de la circulación en los empleos. En tercer lugar, se mostrará que esta circulación generó, hacia la década de 1870, nuevas respuestas y actitudes por parte de la élite, que conllevaron la formación de una nueva imagen de los trabajadores. Finalmente, se plantearán algunas ideas sobre la posible incidencia de esta situación entre los propios trabajadores, sus hábitos y actitudes.

MIGRACIONES Y POBLACIÓN URBANA

Pese a que los contemporáneos se sintieron tempranamente impresionados por los migrantes rurales que se amontonaban en los nuevos suburbios, el crecimiento de la población de Santiago, aunque mayor que el de la mayoría de las capitales hispanoamericanas, fue al principio inferior al de otras ciudades chilenas. Hasta 1854 fue inferior, incluso, al de la población total del país; luego de esa fecha superó esas tasas, pero permaneció por debajo de las de la población urbana, manteniéndose esa situación hasta 1885. Por entonces, las ciudades que más crecieron fueron Concepción, Valparaíso y muchos centros provinciales de tamaño intermedio. A partir de los datos de 1885, se manifiesta el fuerte crecimiento que convertirá en el siglo XX a la capital en una gran ciudad metropolitana.

La evolución de la población santiaguina guarda una relación bastante estrecha con la de la zona rural aledaña: el departamento de Santiago

y la provincia del mismo nombre. Hasta 1875 la ciudad parece haber tomado más población de la zona rural más próxima, como indica la fuerte pérdida del departamento, mientras que la provincia retuvo población, probablemente tanto en áreas rurales como en otros centros urbanos y aldeas. Desde 1875 también la población de la provincia disminuyó, en parte en beneficio de la capital, al tiempo que empezó a absorber población extraprovincial, de origen más distante, que también en parte, al menos, contribuyó al crecimiento de Santiago.⁵

La composición por sexo y edad de la población de Santiago y de la rural vecina ilustra sobre algunas de las características de estos movimientos⁶. En primer lugar, existe un desbalance, fuerte y permanente, entre mujeres y hombres: desde los primeros datos disponibles (1836) la tasa de masculinidad en la capital ronda el 80%, y es inversa en las zonas vecinas, lo que sugiere una migración permanentemente mayor de mujeres que de hombres. Por otra parte, en la población rural se observa un mayor peso de niños y ancianos, y de personas en edades activas en la ciudad; esta situación, que tiende a disminuir, sugiere que la ciudad absorbe principalmente trabajadores jóvenes del campo, aunque en la última década la movilización parece ser general.⁷ Esto aparece muy claro en el caso de las mujeres; entre los varones, las diferencias en las edades activas son sólo levemente superiores en la ciudad, y se estrechan de manera visible hacia 1895.

Cuadro Nº 1. Población de Santiago. Tasas anuales de crecimiento de Santiago, Población urbana y población total de Chile

	Población de Santiago	Tasas anuales de crecimiento %		
		Población Santiago	Población urbana	Población de Chile
1836				
1854	c. 90.000	1,0		
1865	120.047	2,6	2,2	
1875	149.395	2,2	1,3	3,4
1885	186.710	2,3	2,0	3,9
1895	262.303	3,5	0,6	1,4
1907	332.724	2,0	1,6	1,2

Fuentes: censos de población.

Sobre la población de Santiago, ver notas 15 y 16.

En suma, la población santiaguina tiene, como muchas en su época, una base muy ancha, propia de una población joven y con una natalidad vigorosa (aunque pronto erosionada por una fuerte mortalidad). Se ensancha en las edades medias, particularmente entre los 15-24 años, y de forma mucho más ostensible entre las mujeres. El predominio de las mujeres se mantiene en las edades de la ancianidad.

El crecimiento de Santiago está ligado en forma estrecha a los movimientos demográficos del Valle Central. La población creció allí en forma sostenida desde fines del siglo XVIII: en 1865 se ubicaba en sus zonas rurales más del 50% de la población de Chile, y si se suma la urbana correspondiente, la proporción casi alcanza el 70%.⁸ El crecimiento vegetativo de la población es alto (un 2% anual) y los nuevos grupos de población pueden asentarse en tierras libres, ya sea como campesinos en pequeñas parcelas en los bordes de las fincas, como inquilinos o también como trabajadores ocasionales alojados por éstos⁹. Ello configura una masa de población móvil, pero que circula dentro de un radio limitado: en los meses de demanda máxima busca trabajo en la cosecha e incluye en su itinerario las aldeas y ciudades.

Cuadro Nº 2. Distribución de la población por sexo y grandes grupos de edad. Santiago y depto. de Santiago (excluida la ciudad). 1865 y 1895

Edad	1865			1895		
	Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total
0-14	15,8	16,6	32,3	16,2	17,6	33,8
15-24	9,9	12,3	22,2	9,8	12,3	22,1
25-50	15,6	19,6	35,2	15,0	20,0	35,0
50 y más	4,0	6,3	10,3	3,5	5,6	9,1
Total	45,3	54,7	100,0	45,5	55,5	100,0
Depto. de Santiago (excl. ciudad)	0-14	19,1	17,9	37,0	18,3	36,3
	15-24	10,4	9,5	19,9	10,7	20,1
	25-50	15,3	13,3	28,6	17,9	33,4
	50 y más	5,1	9,4	14,5	6,4	10,2
	Total	49,9	50,1	100,0	53,0	47,0

Fuente: censos de población.

VI

¿Cómo son los pobres?

A lo largo del medio siglo que venimos examinando, la imagen de los sectores populares fue cambiando ante los ojos de la élite. Los miraron de manera distinta, con extrañamiento primero, con preocupación y sobre todo con horror. En el proceso complejo de conformación de identidades sociales las imágenes recíprocas son un factor activo y hasta decisivo. En ocasiones esas imágenes se conforman dentro de marcos institucionales: las elaboran por ejemplo los sindicatos o los partidos de clase, las instituciones estatales, la escuela o la Iglesia. En otras, como la que se examinará aquí, la mirada se constituye antes e independientemente de esas maneras institucionalizadas, combinando experiencias y prejuicios, objetividad e ideología. En el último capítulo se presentará una consideración más global de este enfoque. Aquí, se analizará cómo la élite miraba a los sectores populares en Santiago en la segunda mitad del siglo pasado y qué incidencia pudo haber tenido esa mirada en el proceso de constitución de la identidad de éstos, que al fin del siglo ya se singularizaba por su fuerte carácter trabajador y clasista.

Las características de esta mirada son bien conocidas para quienes estudian la República Parlamentaria y su crisis. Aparece en forma sistemática en el clásico texto de Augusto Orrego Luco, *La cuestión social*, de 1884. Se desarrolló primero bajo la forma de la "cuestión social"; luego, de la "cuestión obrera" y finalmente integró el discurso sobre la decadencia. Aparece, repetida *ad nauseam*, en artículos y opúsculos, en tesis universitarias, discursos parlamentarios y monografías técnicas, y en algunas grandes obras, como *Raza Chilena* de Nicolás Palacios; *Sinceridad. Chile íntimo*, de Alejandro Venegas (que

firmó con el seudónimo de J. Valdés Canje); *La conquista de Chile en el siglo XX*, de Tancredo Pinochet Le Brun, o *Nuestra inferioridad económica*, de Francisco Encina. Se alimenta en vertientes ideológicas extranjeras, diferentes pero convergentes: el pensamiento social de la Iglesia, el higienismo, la sociología, el socialismo, el darwinismo social. Pero sobre todo, parece abreviar en una experiencia directa muy fuerte, que en mi opinión se originó en las grandes ciudades y sobre todo en la capital.

Las formas maduras de esta mirada son conocidas, pero vale la pena subrayar los procesos específicos de su constitución, que remiten a las décadas de 1860 y 1870, y en buena medida a las experiencias analizadas en el capítulo anterior. De la disolución de la mirada paternal, propia de la sociedad patricia de mediados de siglo, surgió en primer término una mirada horrorizada, primera reacción ante la emergencia de la cuestión social, que constituirá desde entonces el cuerpo central de la actitud de la élite hacia los sectores populares. Junto a ella, en complejo contrapunto, otra, menos explícita quizá, que es calculadora y atenta al beneficio, y una tercera, moralizadora, preocupada más bien por la estabilidad y equilibrio del sistema. Hay un momento, quizá entre 1868 y 1877, en que —en relación con preocupaciones generales pero también con problemas específicos e inmediatos, como un alza de salarios, una huelga o una epidemia— las ideas y opiniones hasta entonces dispersas y fragmentarias emergen, se condensan y configuran una imagen estructurada, la misma que, con no demasiados cambios, expone Orrego Luco en 1884 y desarrollan los escritores de principios del siglo XX.

LA MIRADA PATERNAL

A mediados del siglo pasado, la ciudad de Santiago comenzaba a crecer y a romper el cascarón colonial que la Independencia no había modificado. El crecimiento de la ciudad, y en particular las demandas de la élite, comenzaron a atraer a muchos migrantes y campesinos, que llenaron la ciudad y comenzaron a desbordar por los suburbios. Pocos advirtieron ese cambio de los sectores populares. Las miradas

sociales suelen ser más prejuiciosas que perspicaces. Uno de ellos fue Sarmiento. Otro, el intendente Miguel de la Barra, que advirtió cómo la ciudad se llenaba de gente, percibió los problemas edilicios y sanitarios que esto creaba e intuyó algo de los peligros. Muchos vieron sólo una parte del fenómeno: la nueva presencia de los artesanos. Fueron sobre todo algunos jóvenes políticos liberales que, con la imagen de las jornadas parisinas de 1830 o 1848 intentaron educarlos y movilizarlos, para dirimir con su apoyo el conflicto que libraban en el seno de la élite política. Tal la función, casi manipulativa, de la Sociedad de la Igualdad. El justamente célebre texto de Santiago Arcos, tan agudo cuando se trata de los campesinos, prácticamente ignora a su supuesto apoyo principal: los artesanos.

Pero la mayoría no veía nada, o mejor dicho, los veía con la mirada paternal de siempre, quizás algo más ajena y distanciada por influjo del "buen tono" europeo. Hacia 1850, Santiago era todavía una sociedad patricia donde decentes y plebeyos, perfectamente separados por una brecha clara e infranqueable, compartían sin embargo un mismo espacio físico, formas de vida, actitudes y valores.

Cualquiera podía distinguir a "nuestras buenas y decentes gentes" de la "canalla, plebe, vulgo, muchedumbre, populacho, chusma, multitud", en suma: rotos (pese a que Sarmiento se veda utilizar el término).¹ No son por cierto dos bloques homogéneos: hay decentes que son muy pobres y un artesano es claramente diferente de un roto raso. Más aún, cada vez hay más artesanos que reemplazan la manta o el poncho por la chaqueta. Y sin embargo, las diferencias son categóricas: es cuestión de educación, de relaciones, de formas de vida, de habla, de todo y de nada a la vez. Tan separados están, que pueden vivir juntos. El modesto artesano tiene su tienda en el portal de la casa señorial o habita en su buhardilla, y nadie se incomoda por eso. El rancharío miserable se instala a un par de cuadras de la Plaza de Armas. Rotos y decentes se encuentran en las riñas de gallos, las carreras de caballos o los juegos de volantines, en el mercado, la plaza, la Alameda o la Pampilla. Sobre todo, en las fiestas, como en la Alameda en la Nochebuena, cuando "los futres y los chatres, las

maritornes y las sílfides, el poncho y el frac, la aristocracia y el pueblo, todo estaba allí, unos buscando flores, otros buscando pañuelos, y unos y otros revueltos, confundidos y estrujados".² En esa misma Alameda, sin embargo, en la fiesta del Dieciocho, las posiciones están claramente fijadas: en el centro, la gente visible, verdadera protagonista de la celebración; a los costados, espectadores pasivos, la gente del pueblo.

Juntos, a veces mezclados pero nunca revueltos, decentes y rotos integran una sociedad en equilibrio, donde la posición de unos y otros es mutuamente aceptada y reconocida. La mirada paternal y dominante tiene su réplica en otra que acepta la subordinación, y ambas se integran en un universo cultural común, de raigambre criolla, que la incipiente europeización de la élite no alcanza a debilitar.

El equilibrio incluye protección, prédica, espectáculo y concesiones, algo de coacción, y también deferencia, humillación, sorda resistencia y ocasionales liberaciones, como las de las fiestas, en las que el olvido momentáneo de las diferencias las hace luego más soportables. Pero también incluye su nota de rebeldía, de conflicto.

Lo percibieron en la misma escena Blest Gana y Sarmiento: en la pila de la Plaza, en la venta de zapatos, "el pueblo es rey" y el futre que cae en sus manos debe comprar y pagar el precio que el vendedor le impone, luego de mirarle la cara. También percibió Sarmiento las ocultas tensiones de esta sociedad en los reclamos de los rotos por la baja calidad de los fuegos de artificio en las fiestas del Dieciocho. Son las sordas y cotidianas resistencias, los avances posibles sobre el campo del otro, que se dan dentro del marco de lo aceptado y lo permitido.

LA RUPTURA DEL EQUILIBRIO

A lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, profundas transformaciones sociales rompieron ese equilibrio. Las migraciones rurales a Santiago fueron intensas en los años de 1860 y 1870 y lo fueron mucho más en las dos décadas siguientes, cuando la ciu-

dad comenzó a convertirse en metrópoli. El campo expulsaba, por el juego combinado de la saturación demográfica y el avance de la agricultura comercial, y la ciudad atraía por la expansión de los empleos, a un ritmo menor, sin embargo, que el de la migración. Mientras las mujeres migraban definitivamente, los hombres usualmente circulaban entre el trabajo en la cosecha, las obras públicas y los empleos urbanos.

La circulación entre distintos empleos se convirtió en constitutiva del modo de vida de los gañanes, aun en la ciudad, donde la estacionalidad se sumó a la ocasionalidad: alternativamente eran peones de construcción, cocheros, vendedores ambulantes y desocupados.

Quizás esto explique que un número relativamente menor de empleos alcanzara para una cantidad bastante mayor de trabajadores. Sin abandonar necesariamente esa pauta de inestabilidad, muchos se ubicaron en la actividad artesanal y manufacturera. Inicialmente lo estimuló la demanda de la élite, a la que luego se agregó la demanda rural, la fabricación o reparación de molinos o trilladoras, la de las primeras empresas ferroviarias, o las de un público más general, necesitado de viviendas o de periódicos. Así, junto a los artesanos de tienda y taller aparecieron algunos establecimientos más grandes —fundiciones, imprentas, aserraderos— con más máquinas y más trabajadores. Este mundo de artesanos grandes y chicos había alcanzado su madurez hacia 1875; lo formaban muchos pequeños trabajadores por cuenta propia, muchos oficiales asalariados y unos cuantos dueños de talleres grandes, que sin embargo se veían a sí mismos integrando el mundo común de "quienes ganan la subsistencia diaria con su herramienta y su tiempo dedicado al arte". Los inquietaban las "coaliciones de oficiales" y reclamaban "leyes especiales" para que éstos cumplieran sus compromisos, aunque mucho más los preocupaba la "excesiva introducción de maquinarias" o el prejuicio contra el producto "hecho" y en favor de los importados.³

El casco urbano creció en forma notable por los nuevos suburbios populares, como el sur, que en los años de 1860 se extendió entre

el Canal San Miguel y el Zanjón de la Aguada, o la población Portales, hacia el oeste. Como ocurrió habitualmente en las grandes ciudades, hubo problemas serios con el agua potable, con la basura, con los desechos, todo lo cual revirtió en Santiago en el tema de las acequias. También, se hicieron evidentes los problemas de vivienda, cuando los antiguos cuartos redondos fueron desbordados por rancheríos y conventillos, donde las familias se hacinaban y las pestes se incubaban.

Fueron habituales y hasta frecuentes aquellas enfermedades que atacaban preferentemente a los pobres pero también —¿cómo distinguílos?— a los ricos: la tuberculosis, el tifus, y sobre todo las grandes epidemias, como la viruela o el cólera, verdaderos azotes. "No creo que haya ciudad en el mundo donde la muerte vaya más aprisa", afirmaba en 1892 el doctor Murillo.⁴ Posteriormente comenzó a preocupar la altísima mortalidad infantil —que parecía integrar los problemas materiales y morales de los pobres— y desde el fin de los ochenta el alcoholismo, juzgado también la condensación de los males de una sociedad enferma.

Ninguna de estas transformaciones dejó de producir un impacto en la élite, pero hay un momento en que el problema se instala claramente en la conciencia colectiva; los temas se relacionan unos con otros y comienzan a definir un nuevo sujeto, desconocido, peligroso, ajeno. Entre aproximadamente 1868 y 1878 distintos procesos, independientes y coincidentes en el tiempo, contribuyeron a esto. En primer lugar, la agudización de las condiciones sanitarias, y particularmente las epidemias de viruela, que desde 1864 se sucedieron con regularidad cada cuatro años, y alcanzaron picos en 1872 y 1876, para confluir en 1886 con la epidemia de cólera. Si bien la mayoría de los muertos eran pobres, ciertamente no se limitaba a ellos. Súbitamente, se tomó conciencia de las condiciones en que vivían los pobres, aquellas en las que la enfermedad incubaba: el rancho, la acequia, el agua... Todos comenzaron a mirarlos y a discutir qué hacer con ellos.

En 1868 Henry Meiggs, que había terminado de construir el ferrocarril de Santiago a Valparaíso, comenzó a contratar peones chilenos, ofreciéndoles salarios relativamente altos, para trabajar en el Perú. Unos 25.000 de ellos emigraron entre 1868 y 1872, lo que desató los temores de los hacendados por la "escasez" de brazos para la cosecha. No era un peligro real, pues había un exceso de mano de obra disponible. Por ejemplo, rara vez se empleaba en la cosecha a las mujeres. Ann Johnson ha constatado que en 1874 sólo se ocupaba en el Valle Central entre un 40 y un 60% de la mano de obra disponible potencialmente. Los 25.000 peones representaban, según el cálculo de Bauer, el 50% de la mano de obra suplementaria empleada en la cosecha, y sin embargo no hay datos de que la recolección se haya resentido en esos años.⁵ Pero los hacendados estaban acostumbrados a disponer de una amplia oferta, aun para los momentos pico, lo que les evitaba preocuparse demasiado por el orden y la organización. Por otra parte, Chile se encontraba en su apogeo como exportador de cereales. Lo cierto es que todos temieron que escasearan los trabajadores —los gañanes, esa masa que por entonces solía moverse entre la ciudad y el campo— lo que despertó el interés por las causas de su migración, sus condiciones de vida, su escasa solidaridad con los hacendados.

Esto coincidió con un período de intensa actividad urbana. El ciclo minero de Caracoles impulsó una etapa de frenesí económico. Además de especular, se construyó mucho: viviendas, edificios públicos, como el Congreso o el palacio de la Exposición. Vicuña Mackenna remodeló la ciudad que él llamaba "propia" y todo eso requirió muchos trabajadores. El tema de cómo conseguirlos se sumó al de los salarios, el abultado número de mendigos y vagabundos, el trabajo de los presos.

Da la impresión de que la intensificación de la actividad económica coincidió con un incremento en los reclamos y las huelgas. Además de las referencias positivas del importante movimiento de los tipógrafos en 1872, del de los sastres, y del de los panaderos en 1873, en ese año y el siguiente aparecen varios artículos y editoria-

les referidos a las huelgas, la necesidad de prevenirlas, su inutilidad, su peligro. Si bien podrían relacionarse con el clima europeo de la Comuna, seguramente tienen referencias locales: por algún motivo, los trabajadores empezaron a ser vistos como una amenaza, real o potencial, del orden social.

La crisis económica, que se instala en 1875 y es evidente en el año siguiente, trae un nuevo ingrediente: los desempleados, cuya peligrosidad fue señalada por Abdón Cifuentes. Simultáneamente comienzan a multiplicarse las movilizaciones de artesanos reclamando medidas proteccionistas. Si en la escala actual puede parecer reducido —el mitin de 1878 sólo reunió a mil de ellos— para los contemporáneos esto era un elemento de preocupación.

Tales las condiciones para la emergencia de una nueva mirada, presente en una multiplicidad de testimonios de época. Los sectores populares ya no podían ser vistos como la contracara plebeya de la sociedad decente. Eran el otro, un otro desconocido, peligroso, ajeno. La nueva mirada se descompuso en varias, de las cuales la dominante fue una teñida por el horror.

LA MIRADA HORRORIZADA

El primer impacto no pasó por las cuestiones laborales sino por las consecuencias del acelerado crecimiento urbano. Lo que la gente decente veía en la ciudad aparecía sesgado por las preocupaciones de la época, las de la "cuestión urbana", que obsesionaban a Europa desde principios de siglo y comenzaban por entonces a interesar a los santiaguinos: los olores pestilentes y las "miasmas", el hacinamiento, la promiscuidad y la desmoralización.

Todo ello se materializaba en los nuevos suburbios. ¿Qué molestaba en ellos, además de su misma existencia? En el sentido más estricto, eran peligrosos, y no sólo porque la policía fuera insuficiente para garantizar el orden. La combinación de tierra, agua, barro, basura e inmundicia generaba las "miasmas", lo que introducía la cuestión sanitaria. Aquí los problemas eran viejos: el agua potable, cada vez

más escasa y más difícil de mantener separada de la servida, los cuartos redondos, sin ventilación y fuente segura de enfermedad. El hacinamiento facilitaba la incubación y el contagio de las pestes. También se contagiaba la sífilis, pero naturalmente por otra vía: la de la prostitución, que se veía avanzar por los barrios populares, aunque un médico, Ricardo Dávila Boza, advirtió que el morbo sífilítico afectaba también a los jóvenes decentes, de la misma manera que la viruela desbordaba los barrios populares y causaba estragos en la ciudad "propia".

Hasta los años de 1870 las reflexiones sobre estos temas fueron esporádicas, específicas y en muchos casos académicas (eran un tema adecuado para las *Memorias de Prueba*), pero desde entonces la situación cambió totalmente. En 1872 Benjamín Vicuña Mackenna publicó *La transformación de Santiago*, un descarnado análisis de la "cuestión urbana" en su ciudad. El problema trascendía lo edilicio o sanitario: condensaba toda la crisis de una sociedad en la que sus dos partes se habían separado, constituyendo dos mundos que sólo se comunicaban para degradar o ser degradados.

"Santiago es por su topografía... una especie de ciudad doble que tiene, como Pekín, un distrito pacífico y laborioso y otro brutal, desmoralizado y feroz... Barrios existen que en ciertos días, especialmente los domingos y los lunes, son verdaderos adueros de beduinos, en que se ven millares de hombres, mujeres y aun niños reducidos al último grado de embrutecimiento y de ferocidad, desnudos, ensangrentados, convertidos en verdaderas bestias".⁶

En ese "Cairo infecto", en el "potrero de la muerte", el intendente desvía su mirada —paulatinamente y sin saltos, pero también sin gran preocupación por la lógica— pasando de la corrupción material a la moral. "Si tales son las condiciones higiénicas en que viven aquellos infelices, no son por cierto mejores que las condiciones morales"; por el hacinamiento, "los vicios de los padres constituyen la primera escuela de los hijos, quienes amamantándose desde que nacen con la corrupción y el escándalo, más tarde llega a ser su alimento..." Junto

al rancho, "con el que tiene celebrado consorcio", está la chingana, "y la prole de ambos es el roto, el hijo del vicio y de la miseria". Su conclusión es lapidaria: en ese medio no hay margen ni alternativa algunos, no hay buenas intenciones posibles: "allí no existen ni pueden existir ni el pudor ni la decencia".⁷

Mientras el intendente observaba los suburbios y rancherías, a los que se podía extender la acción del poder, en 1874 Zorobabel Rodríguez puso en el centro del problema la elevada mortalidad infantil. A diferencia de Vicuña Mackenna, su interés por el problema era lateral, y probablemente la cuestión no lo desvelara. Católico, conservador, discípulo estricto de Courcelle Seneuil (el profeta del liberalismo económico en Chile), encontraba en los párvulos un argumento más para cuestionar los proyectos de fomento estatal a la inmigración (el artículo *La mortalidad de los párvulos en Santiago* sigue a otro que titula *Más vale salvar a los pobres que reemplazarlos*).⁸ Acude a Le Play y el método monográfico para justificar, a partir de un único caso que dice haber estudiado, una conclusión rotunda: "en las condiciones actuales es imposible que un peón gañan pueda en Santiago fundar una familia. Y si se casa, salvo rarísimas excepciones, cuantos hijos tenga nacerán condenados a morir en la infancia". La brecha entre lo categórico del juicio y su escaso fundamento es más reveladora aún de la fuerza con que tal convicción había arraigado en el sentido común de la élite. Pero la relación entre las demás condiciones de vida —la "miseria" — y la "espantosa mortalidad" no es directa: pasa por la "ignorancia" y la "corrupción": "sólo por un milagro puede esperarse que haya moralidad en una familia cuyos miembros de distintas edades y sexos no tienen más albergue que un estrecho rancho". Otra vez, hacinamiento, enfermedad y vicio aparecen unidos por una estricta cadena causal, tan evidente que no requiere de demostración alguna.

Marcial González, otro discípulo de Courcelle pero liberal en política, es menos pesimista que Rodríguez: la condición de los trabajadores ha mejorado en los últimos quince años, "andan mejor calzados y vestidos, adquieren mayores conocimientos y disfrutan en su casa de

más comodidades". Pero en esos mismos "adelantos materiales", que "despiertan malas pasiones", encuentra peligros, quizá lejanos, pero que lo espantan: la penetración de la doctrina de quienes dicen "odia a tu patrón, que se dice tu amo sin serlo, y que te oprime y absorbe los frutos de tu labor; odia a la propiedad que hace al rico más rico cada día y al pobre cada día más pobre". Ese mismo fantasma creyó percibir en los reclamos de los artesanos por medidas proteccionistas, "un imposible, bajo la amenaza o de los talleres nacionales o de la comuna".⁹ Es claro que, en buena medida, los temores eran reflejo de los europeos, generados por la Comuna de París. Difícilmente González oyera esto en Chile, y probablemente parafraseaba la literatura europea de origen socialista o anarquista; y sin embargo, algo debía percibir en el ambiente, en esos días febriles de comienzos de la década de 1870, de alta ocupación y por ello más propicios al conflicto, lo mismo quizá que detectaran Fanor Velasco, Daniel Feliu o el editorialista de *El Ferrocarril*.

En estos tres testimonios de la primera mitad de los setenta —similares a otros muchos— aparece claro el deslizamiento de lo observado —aún en forma recortada— a lo que es atribuido o imaginado. El traspaso de la "miseria" material a la "desmoralización" se transformó en estereotipo, en forma establecida de pensar, en referencia que no requería de argumentación. En 1884 Augusto Orrego Luco, en un texto que terminó de fijar los términos de la cuestión decía:

"Mientras el bajo pueblo esté sumergido en la miseria, mientras viva en la promiscuidad horrible de los ranchos, no solamente tendremos condiciones físicas que hagan inevitable la mortalidad de los párvulos, sino también un fenómeno más grave, la falta de los sentimientos de la familia en que nuestra sociabilidad está basada. La vida del rancho ha convertido a la filiación en un problema casi siempre insoluble".¹¹

La forma *mentis* que condicionaba la observación de Orrego Luco, cuya lógica se nos hace tan difícil de comprender, se había formado con

las ideas corrientes en Europa a principios del siglo XIX sobre la "cuestión urbana": mucho de lo que se decía de Santiago había sido dicho en el París de la Restauración o de la Monarquía de Julio, y podía leerse en Balzac o Hugo. Tal era la imitación, que se gaba y deformaba la observación, que José Antonio Torres pudo descubrir unos *Misterios de Santiago*, a la manera de Víctor Sué, aunque en lugar de las grandes cloacas debió conformarse con las más modestas acequias.¹²

En el fondo estaba la visión pesimista del hombre, propia de la tradición liberal, cuya idea de la armonía se funda en el egoísmo individual. Posteriormente, y al compás de otras influencias, la visión se enriqueció con nuevos elementos. El alcoholismo, que se explicaba por el mismo complejo de causas ya establecido, provocaba daños físicos que se heredaban: el roto, cuya fuerza y coraje se cantó en la epopeya de la Guerra del Pacífico, dejó lugar a los "seres decrepitos, pálidos y enfermos" como consecuencia del alcohol.¹³ El tema de la herencia abre camino al de la raza y las explicaciones lamarkianas, que ligan los factores ambientales con los morales, y se deslizan en el novocientos, en los clásicos de la "cuestión social", hacia el racismo y el darwinismo social, con los cuales podía explicarse, sobre bases científicas juzgadas irrefutables, la inevitabilidad del abismo social.

Pero en el origen, en los años de 1870, esa mirada fue simplemente horror. Los sectores populares ya no eran más los pintorescos y simpáticos ocupantes de la Plaza o las chinganas de la Pampilla. Era un sujeto extraño, ajeno, que ya no participaba más de un mundo común de valores y jerarquías establecidas; que no era más alguien cuyas ideas, actitudes y acciones eran previsibles. Tal lo que se ocultaba tras la fórmula reiterada de la desmoralización: la unidad está rota y un peligro oscuro e incommensurable amenaza a la sociedad. "Santiago estará aún más estrecho y más amenazado por las hordas de los hambrientos, que son la nueva invasión de los bárbaros que castiga a todas las civilizaciones imprevisoras".¹⁴

De esta imagen derivaron acciones categóricas. Vicuña Mackenna se

propuso arrasrar las rancherías "que emponzoñan la ciudad", y luego separar ciudad y arrabales mediante un cinturón profiláctico y de seguridad, el Camino de Cintura, que parecía la expresión urbanística de la sociedad disgregada. Con más calma y método, los higienistas se propusieron algo similar: extirpar, aislar los focos de la enfermedad, prevenir en forma planificada. En cualquier caso, la desmoralización parecía no tener una solución definitiva.

LA MIRADA CALCULADORA

El horror no fue la única reacción. Otras miradas se cruzaron con aquella, sin duda central, la matizaron y en ocasiones específicas la dominaron. Una de ellas, calculadora y hasta codiciosa, agudizada a medida que crecía la fiebre de los negocios y el capitalismo, especulaba, en lo chico y en lo grande, sobre cómo beneficiarse con los sectores populares.

Muchos miserables reunidos constituían una fuente de beneficios. Como ocurre normalmente, el crecimiento urbano elevó la renta de la tierra, y de terrenos o casas poco productivas pudieron obtenerse crecidos ingresos a medida que la demanda aumentaba. Lo más fácil era alquilar "a piso" las hijuelas de los lindes urbanos, para que el inquilino construyera un rancho elemental, tan precario como su estancia en el lugar. Así, el barrio Sur adquirió su aire de aduar africano. Otros optaron por alquilar habitaciones en cuarterías o conventillos: los hermanos Ovalle levantaron toda una "población" en el Arenal y muchos otros siguieron su ejemplo. Todo esto podía hacerse con mayor o menor humanidad: los propietarios santiaguinos, que en su mayoría pertenecían a la élite, parecen haber sido particularmente sórdidos, a juzgar por el cuidadoso inventario de iniquidades levantado por Vicuña Mackenna, que los acusó de lucrarse "con la sangre y el dolor". El intendente volvió a tropezar con la "miserable especulación" cuando quiso ejecutar su proyecto de remodelación del barrio Sur; los propietarios, o bien se opusieron, defendiendo su negocio "con el manto de la filantropía y la libertad" o bien, buscando beneficiarse con la venta de sus terrenos al Estado,

realizaron "un alza inusitada y verdaderamente judaica del valor de sus propiedades".

Más allá de estas actitudes mezquinamente interesadas, a medida que se acentuaba el desarrollo del capitalismo, se pensó naturalmente en los sectores populares en los mismos términos de la economía política. Sin embargo, esta actitud no había alcanzado todavía autonomía y vuelo propio y se manifestaba mezclada con otras. Un médico podía reforzar su argumentación en pro de la higiene recordando que "todo hombre representa un verdadero capital... Así pues, la conservación de la vida de los ciudadanos es de primer interés... De ahí resulta ese consorcio cada vez más estrecho entre la economía política y la higiene pública".¹⁵ Marcial González, predicando la moralización de los trabajadores, sostenía que no sólo por filantropía había que esforzarse, pues "los productos del trabajo útil se obtienen tanto más barato cuanto mejor resultado dan los esfuerzos del trabajador", que se incrementan con la educación. Así, tanto la higiene como la educación, antes que formas de la vieja actitud caritativa o la nueva filantrópica, eran en realidad inversiones realizadas por la sociedad para mejorar la fuerza de trabajo. González iba más lejos aún: una de las ventajas de estimular el ahorro de los trabajadores —que siempre fue considerado la clave de su moralización— es el acrecentamiento del capital disponible por los bancos o, en términos más modernos, el aumento de la masa de capital destinado a la inversión.¹⁶

Considerados como fuerza de trabajo, fue clara la confrontación entre dos actitudes respecto de los trabajadores, de la que se seguían dos conductas y hasta dos políticas distintas. Ambas se contraponieron en ocasión de la larga discusión habida, entre 1868 y 1872, sobre la emigración de trabajadores al Perú. Como ya se dijo, pese a la tradicional sobrepoblación, la coincidencia de esta inmigración con un pico de actividad en las grandes ciudades y en las obras públicas alimentó el miedo a la escasez de mano de obra, un temor infundado, pero real y operante. Se discutió sobre quiénes eran los que emigraban, si eran inquilinos que "huían" de los señores feudales o si eran peones forasteros, atávicamente vagabundos. También se discutió sobre las

causas y sobre los remedios posibles. En las argumentaciones hubo cuestiones políticas implicadas y mucha argumentación especiosa. Pero también algunas imágenes muy claras sobre los sectores populares, y particularmente esa masa de rotos y gañanes que oscilaba entre la ciudad y el campo.

Predominó la imagen tradicional y prejuiciosa. Emigraban por ignorancia y espíritu aventurero, por predisposición atávica o por "redar tierras", por "el espíritu de vagancia que poseen, herencia del indio nómada". Marcial González, que así pensaba, creía que ni siquiera valía la pena aumentar su salario: sólo se conseguiría que agregaran el San Martes al San Lunes. ¿Cómo retenerlos? Los más osados propusieron recurrir a la coacción lisa y llana; otros a la argumentación del patrón o el cura y, para los que ya hubieran roto esos vínculos, se propuso contratar unos disuasores profesionales, que actuaran en los puertos.

Pero también cobró forma una imagen más moderna: el inmigrante es un trabajador que, siguiendo las leyes del mercado, se mueve buscando los salarios más altos, o sencillamente la ocupación, tal como enseñan los diez mandamientos de la economía política. Porque, invirtiendo la preocupación vigente, se empezó a afirmar que lo que escaseaba no eran trabajadores sino empleos. Consecuentemente, si se quería conservarlos la única forma era elevar los salarios, ya sea por una decisión altruista o aumentando el empleo en las obras públicas, ideas ambas juzgadas sacrílegas por los economistas ortodoxos.

En general esta nueva imagen se ubicó en la zona de las argumentaciones, pero se actuó en cambio en función de la imagen tradicional, como se manifestó con claridad en un caso extremo: el del servicio doméstico. La relación entre patrones y sirvientes fue cambiando realmente en la segunda mitad del siglo, como ocurrió en general con todas las relaciones laborales. En las familias había cada vez menos niños "dados" para criar, o huérfanos de la Providencia, o "chinitos de alfombra"; los deshaucios bruscos eran fre-

cuentes, así como esa forma lateral de conflicto que eran los hurtos. Los criados circulaban casi tan fluidamente como los cocheros, aunque por otra parte seguía siendo común recurrir a mujeres provenientes del fundo familiar o sus vecindades.

Se trataba de una situación transicional, y quien la mirara podía elegir entre acentuar lo viejo o lo nuevo, entre aceptar los cambios o querer volver atrás. La élite se aferró a su idea tradicional de la domesticidad, y también a la igualmente tradicional y descalificadora que tenía del mundo popular y trabajador. Se subrayaba la poca permanencia del sirviente en una casa, la escasa previsibilidad, el abandono intempestivo, la pérdida de la deferencia y, en general, del sentido de las diferencias; se temía, sobre todo, por una suerte de vasta conspiración contra la propiedad, que unía a domésticos, cocheros y propietarios de casas de prendas. La solución pasaba por un estricto control del Estado, a través de la Policía, y de un régimen contractual que limitara jurídicamente la posibilidad de la movilidad. Junto con la defensa de la relación paternalista había, con seguridad, una actitud calculadora.

La misma actitud se nota en la solución dada hacia 1870 al tema del trabajo de los presidiarios. ¿Debían estos integrarse a talleres donde aprenderían un oficio y se prepararían para la libertad? ¿Debía aprovecharse esa mano de obra muy barata para los trabajos públicos? Acuciado por la necesidad de brazos para llevar adelante su ambicioso plan de reformas, Vicuña Mackenna optó por esto último: los talleres eran fuente de ociosidad y desorden; una buena "faena de adoquines", al aire libre, era más saludable y estimulaba la laboriosidad. Si el intendente no se explaya en este aspecto, es muy preciso en otro: el trabajo de los presos en las obras públicas "es infinitamente más productivo para la ciudad", que "ahorrrá por ese solo arbitrio más de veinte mil pesos anuales en el jornal de los trabajadores".¹⁷

Vicuña Mackenna argumenta con claridad sobre un tema que otros presentan con un ropaje moralizador: es útil disponer de una masa de mano de obra cautiva y escuetamente remunerada. Este argumento

debe pesar cuando se decide qué hacer con una masa trabajadora de la que, espontáneamente, no debe esperarse nada muy positivo. La mirada calculadora se combina con una imagen descalificadora y da como resultado una actitud patronal arcaica. Lo singular es que, por otros caminos, se llega al mismo resultado. El norteamericano Henry Meiggs, constructor de ferrocarriles, tenía una idea inmejorable del trabajador chileno. No sólo lo consideraba capaz y laborioso sino sensible al buen trato. En lugar de asumir el papel de "gran señor y rajadiablos", tomó el del patrón moderno, decidido a cumplir su parte del trato —pagar bien y puntualmente— y exigente de una respuesta acorde. Además, se sentía capaz de entusiasmar y comprometer a los trabajadores en la empresa laboral. ¿Son acaso los métodos ya conocidos como "norteamericanos"? No exactamente. Cuando se trata de realizar un gran esfuerzo, una tarea importante en un plazo perentorio, que requiere del trabajo concertado y sin desfallecimiento, el incentivo y el premio es el más tradicional imaginable: el *mingao*, la gran comilona y borrachera. Aún el moderno empresario sigue apostando a la imagen más tradicional del trabajador chileno.

LA MIRADA MORALIZADORA

Para quienes, superando la primera reacción horrorizada, podían plantearse los problemas más generales de la sociedad, la "desmoralización" de los sectores populares era extremadamente grave. La palabra, de uso tradicional, aludía entonces a la ruptura del universo de valores que cementaba la sociedad tradicional. De la escisión, que suponía sin embargo la integración en un orden cultural común, se había pasado a la segregación. ¿Cómo religar la sociedad? ¿Cómo reconstruir los puentes, restablecer los antiguos vínculos? Era evidente que las soluciones tradicionales resultaban insuficientes. Hacia 1870, quienes miraban a los sectores populares con ojos moralizadores tenían muchas dudas tanto de la eficacia como de la legitimidad de esa mirada.

La respuesta más tradicional pasaba por la caridad: los pobres, cuya existencia es natural en cualquier sociedad, tienen derecho a

la limosna; los ricos tienen el deber de darla, y con ella ganar su salvación. La caridad individual, más perfecta, se complementa con la institucional. Igualmente tradicional era la actitud hacia el sector superior del pueblo, los artesanos, a quienes se juzgaba redimibles y de los que se esperaba que obraran como ejemplo para el grueso de los pobres. Religiosos y laicos procuraban apartarlos del alcohol, el juego o la chingana; se predicaban las ventajas de la vida ordenada, la educación y el ahorro. Inclusive, valía la pena ayudarlos para que accedieran a la propiedad: era bueno "interesar a las masas en la conservación del orden, ligándolas ya por medio de la propiedad, ya por medio de una pequeña fortuna".¹⁸

Hacia 1870 la desmoralización popular percibida —amalgamando lo material y lo moral, el hacinamiento y la promiscuidad— instaló en la conciencia de la élite, como un estallido, la limitación de estas soluciones. En primer lugar, se señalaron las limitaciones morales y prácticas de la concepción caritativa. Según los médicos, sólo servía para tranquilizar la conciencia de los ricos: "basta de falsa caridad, de ostentación vanidosa con que se engaña al público". Otros se preguntaban por su eficacia en una ciudad que crecía tumultuosamente: ¿qué podrá esa buena voluntad, que se llama ora caridad pública, ora caridad privada" cuando Santiago llegue a los 200.000 habitantes? (por entonces, 1872, ya debía de rondar los 140.000).¹⁹

En el seno de la Iglesia se advertía desde antes el comienzo de un replanteo de su estrategia moralizadora. Las Conferencias de San Vicente de Paul, introducidas hacia 1855, recomendaban unir las "buenas obras", útiles para la salvación del benefactor, con una actividad más directa, consistente en visitas y relación estrecha y frecuente con los necesitados. La misma preocupación por los resultados concretos los movía a construir un hospital o un colegio de Artes y Oficios.

Pero pasó bastante tiempo antes de que este enfoque más social de la acción moralizadora y caritativa se expresara. En 1872, la *Revista Católica* comentaba la situación social de Santiago, en la que con agudeza

percibía peligrosos indicios de tensión. Criticando la disposición del intendente de prohibir la mendicidad, señalaba que tal medida tendía a "dar alas al comunismo... ¿No es verdad que los demagogos y exhaltados podrían valerse de estas circunstancias para sublevar a las masas y hacerlas atacar la propiedad?" Tan dramático planteo concluye, sin embargo, con una propuesta absolutamente tradicional: la reivindicación del derecho del pobre a mendigar y del rico a dar limosna.²⁰

Fuera del ámbito de la Iglesia, la preocupación por moralizar a los pobres era igualmente acuciante. La alimentaba la observación de las condiciones locales, pero también una vasta literatura europea que la asocia con la educación, considerada la panacea universal. Todo ello se repite en Chile, pero con una cierta falta de convicción y seguridad, una inadecuación entre los argumentos y las situaciones, un cierto escepticismo a veces, un aire a retórica hueca siempre.

Así, en 1872 *El Ferrocarril* repite el argumento de la propiedad como ligazón, cuando es cada vez más evidente lo lejos que están de ella las masas desmoralizadas y peligrosas. Esa falta de convicción es notoria en Marcial González, muy preocupado por el tema (escribió un libro que no se editó, titulado *La riqueza del pobre*). Yendo contra la corriente de la época, sostiene que la educación es sólo una solución de largo plazo, "obra dilatada y vastísima"; más aún, que se trata de una idea vacía de contenido concreto, algo así como "la esperanza de la edad de oro", una fórmula convencional y repetida. Atribuye su ineficacia en parte a la dificultad de la escuela para llegar a la masa de los pobres, y en parte a lo inadecuado de lo que se enseña. El enfoque enciclopédico, abundante en conocimientos escasamente útiles, debe reemplazarse por "una instrucción reducida pero sólida (basada) en el desarrollo de las facultades industriales y morales, y más que nada en el cultivo de los buenos hábitos de orden y economía". La enseñanza debe nutrirse de conocimientos técnicos útiles, pero sobre todo debe inculcar hábitos y reglas prácticas y una ética del mejoramiento individual que, según agregaba Zorobabel Rodríguez, podía encontrarse en los libros de Benjamín Franklin, cuya lectura recomendaba para los pobres chilenos.

Este programa moralizador se apoyaba en el eventual deseo de los pobres de mejorar su condición. Si éste existía, sobre él se podía construir un edificio de hábitos, valores, metas y premios. Quizás una intensa acción moralizadora podía generarlo, pero en realidad González era básicamente escéptico: el pobre era "vagabundo por naturaleza, ratero por inclinación, disipado por instinto", y si bien no creía que esos atributos fueran innatos, los "hábitos adquiridos y practicados durante largos años" habían llegado a constituir un "carácter nacional" reacio a la mejora por la educación. De ahí que se incline, al menos en lo inmediato, por otra utopía de la época, la inmigración, que no sólo aportaría los trabajadores especializados sino que permitiría "educar con el precepto y el ejemplo".²¹

Falta de convicciones y de soluciones de fondo, pero urgida por la crisis, la mirada moralizadora se vuelca al control. Si el vicio está arraigado, si es imposible inculcar y desarrollar un control interno, la vigilancia de las instituciones, la mano preventiva y correctora del Estado debe evitar al pobre los extremos del vicio. Así, el intendente Vicuña Mackenna propone reglamentar el funcionamiento de las Casas de Prendas (donde los sábados los pobres empeñan sus pertenencias para pagar la remolienda del domingo) de modo de evitar "las prodigalidades del trabajador". Del mismo modo, si las chinganas no pueden ser suprimidas, deben ser reglamentadas, creando las "casas de diversión popular". "Forzoso es pues no hacerse ya más largo tiempo ilusiones", reflexiona el intendente; el adulto es irredimible: "su salvación relativa consiste en contenerlo en los límites y, si es posible decirlo así, en la moderación del vicio".²²

Signo de la crisis, la moralización deseada concluye en acción policial y la mirada horrorizada conserva su primacía. Pasará un tiempo todavía antes de que los higienistas por una parte, y los inspirados en la nueva Doctrina Social de la Iglesia por otra, renueven la esperanza de que algo puede hacerse.

MIRADAS E IDENTIDADES

La mirada de la élite, típica de la conocida "cuestión social" del novecientos, se formó tempranamente en Santiago, en torno de 1870. Se ha dicho que Orrego Luco, que escribe en 1884, fue un precursor, alguien que se adelantó a su tiempo. En realidad, sistematiza temas e ideas que son previos y que se plantean explícitamente en los años de 1870. Éstos aparecen fuertemente influidos por una situación social específica, que la élite ve en Santiago por entonces: la ruptura del "equilibrio paternalista", la disolución del viejo "pueblo", la aparición de un sujeto desconocido y temible y la segregación social. Si bien la mirada es fuertemente prejuiciosa y está teñida de ideas europeas en boga, no se trata de una mera traducción: la élite deforma algo que ve y que existe realmente.

Se trata de una mirada compleja, en la que se articulan tres miradas parciales diferentes. Dos de ellas, subordinadas y endebles, limitadas por circunstancias de la realidad, matizan una tercera que es claramente dominante e informa las principales conductas de la élite. Esta mirada se constituye y organiza antes de que empiece a cobrar forma una identidad popular de nuevo tipo. Entre los sectores populares, cruzados aún por la división profunda entre rotos y artesanos, hacia 1870 todavía son incipientes los ámbitos sociales donde se constituirá una identidad diferente, y los intelectuales contestatarios que ayudarán a formarla apenas hacen oír su voz. La prelación de la mirada horrorizada sobre cualquier respuesta ideológicamente articulada de los sectores populares en transformación contribuyó a potenciar la eficacia de aquella.

La mirada de la élite que se conforma en los setenta no es, naturalmente, la misma que se conoce en el novecientos. Se desarrolló y amplió con dos o tres componentes nuevos, pero pese a que llegaron a dominar el discurso explícito, no modificaron su naturaleza central. En primer lugar el higienismo, una tendencia general en el mundo capitalista que se desarrolla ampliamente en Chile a partir de 1890 y que impulsa una acción estatal guiada por la ra-

cionalidad y el interés general. Sin embargo, en Santiago su eficacia estuvo recortada de antemano; la prevención y el sancionamiento —sus objetivos centrales— habían de lograrse con acciones limitadas, referidas a objetivos específicos y con el mínimo de acción por parte del Estado, que debía repartir sus costos con los particulares. En segundo lugar, la recepción de otra tendencia ideológica general, la Doctrina Social de la Iglesia, que impulsó una reconsideración del problema de la pobreza por parte de la élite —y particularmente del Partido Conservador— y algunas medidas concretas para paliarlo. Su sustento ético y emocional fue mucho mayor que el de la mirada moralizadora tradicional, pero su atención se dirigió, como aquella, a un sector recortado de la sociedad. La imagen del pobre redimido operó más bien como contrafigura ideal del pobre desmoralizado real, cuyos rasgos acentuaba y estigmatizaba. En tercer lugar, los grupos progresistas de clase media, particularmente en torno del Partido Radical, desarrollaron una versión laica de ese reformismo moderado, como la que expresa Valentín Letelier.

Todo ello no alcanzó a modificar lo sustancial de la actitud de la élite. La mirada calculadora no llegó a plasmar en una imagen economicista y capitalista de los pobres considerados como fuerza de trabajo, quizá por la endebles del desarrollo capitalista chileno, en una sociedad que era casi un parásito del enclave salitrero. La mirada moralizadora no alcanzó a conformar un orden consensual que religara, en términos modernos, la sociedad, al modo como había ocurrido en la segunda mitad del siglo pasado en las sociedades europeas. Probablemente ello tenga mucho que ver con las características de la República Parlamentaria y el debilitamiento de la acción rectora del Estado en ese período.

En el aspecto específicamente político, la élite de la República Parlamentaria, que armó un juego político complejo y variado, aunque sustancialmente estable, no se preocupó mayormente por incorporar a los trabajadores urbanos en un sistema consensual, quizá —se ha señalado— porque contaba con la sólida base electoral de los campesinos. Así, frente al conflicto social creciente, la respuesta fue muy

dura y homogénea, sin intentar distinguir y negociar con los más conciliadores.

En términos más generales, puede advertirse una notoria falencia de la acción educadora del Estado, tanto en lo referido específicamente al sistema escolar —que no conservó el impulso inicial, de mediados de siglo— como más en general en su capacidad para fijar grandes principios e inculcarlos en la sociedad, y a la vez para justificar su acción en términos del interés general. No hubo, en suma, una hegemonía clara y rotunda. Probablemente esto tenga que ver, al menos en parte, con la debilidad del Estado durante la República Parlamentaria, pero quizá los orígenes de esa debilidad y falta de convicción pueden encontrarse ya en los años de 1870.

En la década final del siglo XIX, y en las primeras del XX, esa mirada, ya configurada, se aplicó a un objeto diferente: los trabajadores y el movimiento obrero organizado. Hacia 1895, muchos establecimientos artesanales se habían convertido en fabriles —tanto por el número de trabajadores que empleaban cuanto por la mecanización y la organización de la producción— y se habían instalado tres o cuatro fábricas surgidas con esas características, como la cervetería Gubler. Por entonces unos 4.000 trabajadores santiaguinos —un 3% de la población ocupada— podían ser considerados obreros fabriles. Hacia 1912, este número se había cuadruplicado, su representación se triplicó y los obreros fabriles ya emergían como un sector distinguible en el mundo del trabajo. Auténticas fábricas podían encontrarse en casi todos los sectores de la actividad —desde la fabricación de camisas o zapatos a los envases de vidrio— y en ellas ya eran manifestas las características de la moderna economía industrial: organización científica del trabajo, control y disciplinamiento. El mundo del trabajo seguía siendo complejo. El sector artesanal mantenía su vigor, renovado por las demandas de trabajo a domicilio de las propias fábricas, y junto con los modernos asalariados, con la especialización necesaria para manejar las máquinas, perduraba la tradicional masa de trabajadores no calificados e inestables.²³

Frecuentemente se ha subrayado la combatividad y organización de los trabajadores chilenos en el siglo XIX, y la precoz constitución de una "clase", en el sentido más clásico del término, lo que les da un perfil singular en Latinoamérica. A diferencia de la Argentina, por ejemplo, los trabajadores chilenos casi no transitaron la vía de la negociación, animaron centrales obreras politizadas y fuertemente enfrentadas con el Estado y dieron vida a partidos de tradición marxista, tan vigorosos que en el siglo XX se constituyeron en alternativa de poder. Las explicaciones de esta singularidad se buscaron en las características del mundo rural "feudal", en el mundo del trabajo del enclave salitrero o, de manera más tradicional, en la eficacia de organizaciones e ideologías.²⁴ Recientemente, Peter de Shazo revuélvó el papel que en esa historia debía asignarse a los trabajadores de Valparaíso y Santiago, y a sus dirigentes de orientación anarcosindicalista, mientras que Gabriel Salazar subrayó las relaciones entre la clase obrera del siglo XX y la experiencia trabajadora, urbana y rural, del siglo XIX, que incluye desde el bandolerismo hasta el mutualismo.²⁵

En esa vasta reconstrucción, que explicaría la "clásidad" de los trabajadores chilenos, debe asignarse un lugar a la manera como la élite percibió ese proceso de autoconstrucción de una identidad trabajadora, acuñada en los conventillos y las fábricas, alimentada por anarquistas y socialistas, fortalecida por las experiencias de la lucha. La élite empezó a verlo tempranamente, alrededor de lo que llamó la "cuestión social", y definió su mirada, centralmente horrorizada. Carente de controles y limitaciones políticas e ideológicas, la mirada de la élite se desplegó libremente. Alimentó las políticas duras y la represión, y quitó convicción a los ensayos conciliadores. Prejuiciosa e inmisericorde, confluyó con la visión que los sectores populares empezaban a tener de sí mismos. Contribuyó, en alguna medida, a hacerlos más duros, más combativos, más inflexibles. Sobre todo, ayudó a relativizar las esperanzas y expectativas que, en otros lugares, se ponía en las arenas comunes de negociación. Contribuyó, en suma, al "clasicismo" de la clase obrera chilena.

NOTAS

1 D. F. Sarmiento, "La venta de zapatos", en *Obras completas*, I: *Artículos críticos y literarios*, 1841-1842. Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1948, p. 201.

2 Vicente Reyes, *La Pascua de 1856*.

3 *La Industria Nacional*. Santiago de Chile. 1876, *passim*.

4 A. Murillo, "La mortalidad en Santiago", *Revista Médica*, Santiago, 1892, p. 559.

5 Ann H. Johnson, *International Migrations in Chile*. Ph.D. Dissertation, University of California, Davis, 1977. Arnold J. Bauer, *Chilean Rural Society from the Spanish Conquest to 1930*. Cambridge University Press, 1975.

6 Benjamín Vicuña Mackenna, *Un año en la Intendencia de Santiago*, Santiago, 1873, Apéndice, pp. 25-26.

7 Vicuña Mackenna, *La transformación de Santiago*, Santiago, 1872.

8 Ambos en *Mistilánea literaria, política y religiosa*. Santiago, 1873-1876. El texto citado a continuación, en vol II, p. 345.

9 Marcial González, "Condiciones de los trabajadores rurales en Chile", p. 333, y "Los obreros chilenos ante la protección y el librecambio", p. 343. Ambos en *Estudios económicos*. Santiago, 1889.

10 Fanor Velasco, en *Revista de Santiago*, cit. por Hernán Ramírez Necochea, *Historia del movimiento obrero en Chile*, Santiago, Austral, 1956, p. 137.

11 Daniel Feliú, *El trabajo y las huelgas de obreros*, Santiago, 1873. "Huelgas", en *El Ferrocarril*, 23 de mayo de 1873.

12 Augusto Orrego Luco, *La cuestión social en Chile*, Santiago, 1884, p. 34.

13 José Antonio Torres, *Los misterios de Santiago*, Santiago, 1858. (Publicado como folletín en *El Ferrocarril*.)

14 A. Dagnino Oliveri, "El alcoholismo en Chile", *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, 1888.

15 *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.

16 A. Murillo, "Los muertos por la viruela y la vacuna obligatoria", *Revista Médica*, Santiago, 1886-1887, p. 226.

17 M. González, "Condición de los trabajadores...", p. 333 y "La moral del ahorro", en *Revista Chilena*. VII, Santiago, 1877, p. 110.

18 B. Vicuña Mackenna, *Un año*, II, p. 436.

19 *El Correo de Valparaíso*, febrero de 1851.

20 Adolfo Valderrama, "Crónica", en *Revista Médica*, Santiago, 1872, pp. 33-34. *El Ferrocarril*, 28 de abril de 1872.

²⁰ "La mendicidad prohibida". *Revista Católica*, Santiago, II de mayo de 1872.

²¹ M. González, "Condición del trabajador...", *passim*.

²² Vicuña Mackenna, *Un año...*, p. 19.

²³ Mariano Martínez, *Industrias santiaguinas*, Santiago 1896 H. Kirsch, *Industrial Development and Traditional Society*. University of Florida Press, 1977.

²⁴ Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", *Revista Latinoamericana de Sociología*, v. 2, Buenos Aires, julio de 1969. Charles Bergquist, *Labor in Latin America. Comparative essays on Chile, Argentina, Venezuela and Colombia*, Stanford University Press 1986 Ramírez Necochea, *Historia*.

²⁵ Peter de Shazo, *Urban Workers and Labor Unions in Chile 1902-1907*, University of Wisconsin Press, 1983. Gabriel Salazar Vergara *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena en el siglo XIX*, Santiago, Ediciones Sur, 1985

VII Santiago y Buenos Aires

Tradicionalmente, la historia de los sectores populares latinoamericanos ha sido la historia de los obreros, sus organizaciones, sus luchas y sus ideologías expresas. Organizaciones y siglas, congresos, dirigentes y huelgas dominan, con monótona repetición, la mayoría de los textos. En las últimas décadas, y por influjo de historiadores europeos como Hobsbawm, Thompson, Rudé o Stedman Jones,¹ se ha desarrollado un nuevo enfoque, más amplio y comprensivo, no sólo del tema tradicional del movimiento obrero sino referido a un sujeto algo distinto: del círculo de los obreros industriales —particularmente estrecho en Latinoamérica— se ha pasado al más amplio del "mundo del trabajo", de los "sectores populares". Los límites atribuidos a este mundo son menos precisos que el de los obreros, y quizás allí resida la ventaja de esta categoría: casi sin solución de continuidad, se sigue hacia arriba con los empleados o los pequeños comerciantes y ciertos profesionales; hacia abajo, con el mundo de la llamada "economía informal" y aún de la "mala vida". El paradigma de la historia del movimiento sindical retrocede hoy ante el estudio de los trabajadores, la multitud o la plebe.

Esto supuso simultáneamente una ampliación de las esferas de interés. El estudio de fenómenos singulares, y de alguna manera excepcionales —como lo es la huelga e inclusive la sindicalización—, se enmarca en los más generales y cotidianos, aquellos comunes a todos los trabajadores, politizados y sindicalizados o no: sus condiciones de trabajo, las condiciones de sus vidas fuera del trabajo, la vida material —vivienda, salud, alimentación, en especial—, la organización familiar, la educación, las formas de recreación, entre otros muchos.